

ARTÍFICES No.9

10
HISTORIAS

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



ARTÍFICES 9

10
HISTORIAS

ARTESANÍAS EMBLEMÁTICAS COLOMBIANAS





El efecto multiplicador

El trabajo de Artesanías de Colombia busca no solo mejorar los ingresos de los artesanos sino también posicionar su tradición y cultura en el imaginario de los colombianos.

Comprar una artesanía tiene un efecto multiplicador. Al hacerlo no solo se apoya a un artesano sino a una familia o unidad productiva de mínimo cinco personas. Por esta razón, uno de nuestros objetivos es que a través del conocimiento de estas historias que hablan del entorno natural, la creatividad de los artesanos y la sabiduría ancestral que evocan para la creación de sus piezas; entendamos, como potenciales compradores de artesanías, el trasfondo del trabajo de estos hombres y mujeres, para que lo valoremos y lo apoyemos.

Las artesanías colombianas están hechas con el corazón. Cada una de ellas guarda una historia, un pensamiento y una labor que va más allá del objeto mismo, pues hablan de lo que somos como país: un ejemplo de resiliencia, paz y superación.

Para este número, en el que solo se recogen 10 historias, se resaltan procesos sociales y culturales alrededor de la artesanía que impacta no solo en la vida de los artesanos protagonistas de las mismas, sino en las comunidades en las que viven y trabajan. Por esta razón, hablamos de procesos como el de Carlos Mutumbajoy quien en su taller, a la vez que enseña el oficio de talla en madera a nuevas generaciones, también trabaja con ellas mismas el tema de la paz y la reconciliación en su territorio; la idea de Cesar Ladino, quien sabiendo como los balones pusieron a Monguí en el mapa, quiso hacer un museo para exaltar su trabajo y el de su municipio; o el trabajo de María Inchima y María Cecilia Tombe, que con su insistencia por legar a las siguientes generaciones el oficio Nasa y Misak respectivamente han logrado que los conocimientos de estas comunidades sobrevivan.

La artesanía tiene entonces un efecto multiplicador económico, cultural y social con los artesanos y las comunidades a las que pertenecen.

ANA MARÍA FRÍES MARTÍNEZ
GERENTE GENERAL ARTESANÍAS DE COLOMBIA

1. EL ARTE DE RECICLAR

Desde que tiene memoria **Ana Delia Barahona** ha creado con las manos. En el colegio aprendió a tejer y a bordar con hilo y lana sacos, bufandas y ropa de bebé. Nació en el municipio de La Palma, Valle del Cauca, y es la primera de los nueve hijos que tuvieron sus padres. Aunque soñó con estudiar lenguas modernas y dominar varios idiomas, por cuestiones económicas terminó trabajando durante dos años en la fábrica de dulces Colombina. Sin embargo, las ganas de conocer otros horizontes y trabajar en algo que la apasionara la hizo dejar La Paila y radicarse en Bogotá, donde la artesanía se atravesó definitivamente en su camino.

En la capital aprendió la técnica de la cerámica y la decoración de jarrones de barro con cascarrilla y piedrilla. Luego se capacitó en decoración de madera y en la técnica del porcelanicrón, muy utilizada para hacer adornos decorativos, con la que hacía muñecos montados en bicicletas, columpios y vacas. Cuando se casó empezó una larga travesía. Vivió cuatro años en San José del Guaviare, donde continuó desarrollando la cerámica, luego vivió en Boyacá, regresó a La Paila para acompañar a sus padres durante sus últimos años de vida y finalmente se radicó en Armenia, donde vive hace doce años.

Fue en Armenia donde la idea de consagrarse a la artesanía tomó más fuerza. Ana Delia se afilió a la Asociación de Artesanos del Quindío para retomar, una vez más, el entusiasmo de crear con las manos. Se inscribió en varios talleres del Sena y de la EPA (Empresas Públicas de Armenia) para utilizar estucos con técnicas decorativas, pero lo que más le llamó la atención fue una capacitación para aprender a reutilizar residuos sólidos a través de la artesanía. Así conoció la cáscara de huevo, un material que se ha convertido en el ADN de su trabajo y con el que arrancó decorando piezas de vidrio, madera y cartón.

Rápidamente aprendió a transformar con ingenio un tarro de crema para el cuerpo en un atractivo jarrón forrado de cáscara de huevo y calceta de plátano, unas botellas de vidrio en floreros decorados con troquelado y cáscara de huevo de distintos colores, y botellas de plástico en collares, aretes, anillos y pulseras. Con la cáscara de la naranja hacia rosas y flores para decorar, con acetatos viejos individuales para la mesa y con discos compactos dañados singulares portavasos. Sin embargo, al no existir una cultura de reciclaje sus productos tenían muy poca salida en el mercado. Según cuenta Ana Delia, cuando revelaba el material del que estaban hechas sus piezas, la gente las rechazaba al considerarlas de procedencia indigna.

Cuando estaba a punto de rendirse, se enteró que dos diseñadores de Artesanías de Colombia iban a realizar un laboratorio en Armenia para buscar maneras innovadoras de trabajar con residuos reciclables. Ana Delia no dudó en inscribirse y, poco a poco, fue puliendo la técnica y descubriendo nuevas maneras de hacer piezas escultóricas reciclando. Fue entonces cuando descubrió que con la cáscara de huevo podía crear cuencos decorativos que reflejaran una delicada belleza. Así lanzó una línea de cuencos pequeños, medianos y grandes, de base negra, con fondos plateados, dorados y cobre, que resultó todo un éxito. Hoy sus cuencos son vistos como un ejemplo de elegancia y simpleza. Hay cuencos batea, cuencos redondos, cuencos concha, cuencos plato (los cuales son casi planos), cuencos copa y cuencos fruteros.

Todas las semanas recorre una decena de panaderías de Armenia en donde recoleta la materia prima. El proceso es lento y delicado, y lo realiza en una habitación de su casa con la ayuda de su hermana y su hija. Cuando tiene todas las cáscaras que necesita las lava, las seca y las tritura. Luego aglutina la materia prima con pegante para dar más consistencia y dureza al producto. Después pasa cada pieza por un proceso de secado y lijado para conseguir una textura más suave, y

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

finalmente las pinta con pinturas metalizadas y les echa una capa de estuco con un tratamiento especial. Todo se hace a mano, desde la recolección de la materia prima hasta el acabado final.

Gracias al detallado trabajo que se refleja en sus cuencos, Ana Delia ganó la Bienal de Diseño para la Artesanía en 2014. De premio recibió, junto a otros cinco artesanos colombianos, un viaje durante quince días por la región de Recife, al noreste de Brasil, donde pudo conocer cómo trabajan la artesanía en esa parte del mundo. Además, ese año tuvo la oportunidad de exponer todas sus piezas en Expoartesanías, en Bogotá, donde no solo se dio a conocer sino que cautivó a cientos de personas con la increíble capacidad de transformar un residuo sólido en un objeto escultórico.

A los 59 años, Ana Delia asegura que quiere dejar un legado y comenzar a enseñar a los niños de las escuelas públicas de Armenia cómo cuidar el planeta y animarlos a hacer arte reciclando. También aspira a mantenerse en el mercado con nuevos productos e innovar los colores de los objetos. Por ahora quiere transformar sus cuencos, que son piezas decorativas, en productos más utilitarios que sigan enamorando por su belleza, elegancia y versatilidad a cientos de personas en el mundo.

CADA PIEZA POR UN PROCESO DE SECADO Y LIJADO PARA CONSEGUIR UNA TEXTURA MÁS SUAVE, Y FINALMENTE LAS PINTA CON PINTURAS METALIZADAS Y LES ECHA UNA CAPA DE ESTUCO CON UN TRATAMIENTO ESPECIAL. TODO SE HACE A MANO, DESDE LA RECOLECCIÓN DE LA MATERIA PRIMA HASTA EL ACABADO FINAL.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención, pero si al oficio referido en la historia.



2. LA ARTESANÍA COMO LABORATORIO DE PAZ

La violencia marcó el destino de **Carlos Mutumbajoy** desde que era un niño. Su vida, que había transcurrido en armonía al lado de sus padres y sus cinco hermanos –dos hombres y tres mujeres– en el resguardo Camenstá, en Sibundoy, Putumayo, dio un vuelco cuando el frente 48 de las FARC, liderado por Joaquín Gómez, torturó y asesinó a su padre, quien se había dedicado a la agricultura, la carpintería y el tejido de hamacas y atarrayas.

Carlos tenía tan solo 13 años cuando se convirtió en otro más de los miles de desplazados del país. Para salvarse tuvo que huir del Putumayo y deambular con su madre y sus hermanos, durante muchos años, sin rumbo fijo. Estuvieron un tiempo en Pasto, de ahí salieron para Santander de Quilichao y luego recorrieron varios municipios del Cauca hasta que las FARC aparecieron de nuevo en su camino. Aunque es un episodio que no le gusta recordar, cuenta que en esa ocasión lo reclutaron a él y a sus dos hermanos varones. Durante cuatro años, sin quererlo, tuvieron que ser parte de la guerrilla.

Cuando se reencontró con su madre y sus hermanas, Carlos tenía 18 años. Al no tener ningún apoyo ni garantía del estado, decidieron que lo mejor era dejar el país. Durante un tiempo vivieron en Ecuador y, cuando sintieron que ya todo se había calmado, regresaron a Colombia movidos

por ese deseo inmenso de recuperar su territorio. Sin embargo, la odisea continuó. En esa ocasión fue el ejército quien lo reclutó forzosamente. Después de prestar servicio militar se convenció de que llevar un fusil era la única manera de estar protegido. Durante siete años combatió en las zonas más violentas del país, hasta que un día sintió que la respuesta no estaba en la vía de las armas.

Desilusionado dejó el ejército con la firme convicción de regresar a su tierra y reencontrarse con la sabiduría de su pueblo. Pero el resguardo Camenstá, en Sibundoy, continuaba siendo una zona dominada por grupos al margen de la ley y tuvo que instalarse en Pasto con el anhelo de echar raíces. Para sobrevivir trabajó cargando bultos en la plaza de mercado, hasta que un día sintió que ya nada valía la pena. Sin esperanzas y con una rabia inmensa por todo lo sucedido, una mañana se levantó, cogió un machete y una manila, y se internó en el campo. Estaba decidido a acabar con su vida. Pero la vida, tenía otros planes para Carlos.

Como una manera de exorcizar el dolor y la tristeza que había cargado durante años, cogió el machete y empezó a pegarle a un tronco. Fue ahí cuando surgió el milagro. De toda la energía negativa que había descargado en la madera apareció una figura antropomorfa, una imagen entre lo animal y lo humano que encerraba el simbolismo de



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

CUANDO LAS IDEAS SE ENREDAN SE REÚNEN EN EL TALLER DE CARLOS A TOMAR YAGÉ, O REMEDIO, COMO ÉL LE DICE, PARA PENSAR MÁS CLARO Y SABER CÓMO ENCAUSAR LAS INICIATIVAS QUE TIENEN.

las tradiciones Camenstá, esas que seguían habitando en su interior y que él creía haber perdido para siempre. A partir de ese momento, descubrió que su vocación estaba en la talla de madera y comenzó a perfeccionar la técnica. Con cedro, urapán, sauce y aliso empezó a hacer esculturas inspiradas en la cosmovisión de los pueblos amazónicos. Carlos realiza singulares piezas en altoprelieve, esculturas tridimensionales, máscaras tradicionales, artesanías con tintes naturales y obras enchapadas en chaquiras.

Con el apoyo de su esposa, Doris Jajoy, una artesana dedicada al tejido de accesorios en guanga, cuero y chaquiras, decidió desarrollar un proyecto que les permitiera a los jóvenes que buscaban otra alternativa de vida alejarse del alcohol y las drogas, y sanar a través del arte y la artesanía. Para lograrlo, en 2013 crearon un laboratorio de paz, un lugar de pensamiento que nace en las tradiciones más profundas de los Camenstá. Carlos asegura que le gusta llamarlo laboratorio, ya que experimentan con ideas e ideologías heredadas de sus padres y abuelos, y se enfoca en la paz pues, según él, esta se construye cuando el ser humano hace lo que le gusta sin ocasionarle ningún daño al otro.

Cuando el expresidente Barack Obama visitó el país en 2016, Carlos presentó un proyecto para hacer una escultura de la paz desde el pensamiento étnico y la visión de los miles de indígenas que han sido víctimas del conflicto en Colombia.

Aunque la propuesta no fue tenida en cuenta por la gobernación del Nariño, muchas personas comenzaron a conocer su iniciativa. En 2017 se unieron al laboratorio de paz un antropólogo, un sociólogo, un psicólogo, un abogado, un agrónomo, un ingeniero y un zootecnista que quieren hacer parte de una transformación social que puede llegar a ser muy poderosa, y de la que ya se han beneficiado veinte jóvenes de Nariño que han encontrado una oportunidad laboral y un camino de vida en la artesanía.

Cuando las ideas se enredan se reúnen en el taller de Carlos a tomar Yagé, o remedio, como él le dice, para pensar más claro y saber cómo encausar las iniciativas que tienen, como recuperar la educación tradicional de los Camenstá y generar procesos de sostenibilidad y seguridad alimentaria para las personas que viven en zonas vulnerables. Pero además de su trabajo con jóvenes, también capacita a madres cabeza de familia que han encontrado un ingreso y una vocación en la tejeduría de accesorios con chaquiras y guanga.

A los 37 años y con cuatro hijos, Carlos ha logrado encontrar en el laboratorio de paz y en la talla de madera una herencia que creía perdida. Para él, conocer un oficio artesanal ha sido clave en su camino. Gracias a la artesanía ha sanado viejas heridas y le ha abierto las puertas a decenas de personas que, como él, necesitaban conectarse de nuevo con la esperanza.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

3. LA TIERRA DEL BALÓN

Balones de diversos colores y tamaños cuelgan de las ventanas y los balcones de las casas de Monguí. En uno de los diecisiete pueblos patrimonio de Colombia ha crecido una industria de fabricación de pelotas de fútbol y microfútbol de la que viven cientos de artesanos desde mediados de los años treinta. En el pueblo, en cuya plaza de carácter colonial sobresale una escultura de dos manos sujetando una pelota y una obra de Napo Arguello llamada *Cosedora de Balones*, hay veinte empresas dedicadas a la elaboración de esferas. También hay un Museo del Balón, creado por **Edgar Ladino Sáenz**, para mantener viva una historia que ha marcado a los artesanos de Monguí y honrar la memoria de su tío abuelo, Froilán Ladino, quien fomentó la técnica de los balones cosidos a mano en el pueblo boyacense.

Todo comenzó en 1932, cuando Froilán, un aprendiz de talabartero, fue reclutado para prestar servicio militar en la guerra contra Perú. Con el ejército colombiano estuvo Manaos, en la frontera con Brasil, donde conoció a otros talabarteros expertos en la fabricación de balones de cuero. Cuando terminó el servicio militar en 1934 regresó a Monguí con una maleta llena de cascotes de cuero, una muestra de la vejiga de cerdo que usaban para hacer los balones brasileños y la firme idea de enseñar la técnica y fomentar el oficio.

Con el apoyo de su hermano, Manuel Ladino, se dio a la tarea de curtir el cuero vacuno creando su propia curtiembre, conseguir vejigas de cerdo para inflar el balón y elaborar las herramientas necesarias para desarrollar el oficio: tablas para coser,

moldes de aluminio para encocar el balón y darle la redondez, y plantillas para marcar y cortar con cuchillo cada uno de los gajos. Cuando dominó los secretos de la elaboración del balón les enseñó a un grupo de doce campesinos, quienes luego fueron conocidos como los doce apóstoles, a coser los cascotes de cuero y a fabricar las maniguetas para poder tensar el hilo sin dañarse las manos. Les entregó agujas, leznas, cáñamo y cera de abejas para impedir que el hilo se resbalara.

Los doce apóstoles se encargaron de propagar el conocimiento y el amor por el oficio a decenas de campesinos de la zona, quienes vieron en la elaboración de los balones una nueva manera de generar recursos, y un oficio entretenido que podían combinar con la agricultura y la ganadería. En los ratos de labranza o mientras el ganado pasteaba fueron aprendiendo el arte de hacer balones. Una vez a la semana los campesinos caminaban durante dos horas hasta llegar al pueblo con un costal repleto de balones recién cosidos. Allí recibían el pago y un nuevo encargo. Gracias al oficio, cientos de monguiseños pudieron pagar la educación de sus hijos o costearse un estudio.

Durante los años cuarenta, Manufacturas Ladino, la empresa de Froilán y Manuel, les dio empleo directo a ochenta personas, quienes se encargaban de marcar, cortar el cuero, planchar el balón, limpiarlo, lacarlo y darle el terminado natural. Otras 350 familias se dedicaban a coser con hilo de nylon y cera de abejas cerca de 3.500 balones que despachaban cada semana. Además, tenían vendedores por todo el país.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



LA EMPRESA ESTABA EN PLENO CRECIMIENTO CUANDO SE DESATÓ LA VIOLENCIA ENTRE LIBERALES Y CONSERVADORES. MONGUÍ ERA CONSERVADOR.

La empresa estaba en pleno crecimiento cuando se desató la violencia entre liberales y conservadores. Monguí era conservador. Y como Froilán era un liberal de pura cepa, tuvo que huir a Duitama. Posteriormente se radicó en Bogotá, donde recibía los balones que se cosían en Monguí para encocarlos y luego comercializarlos en diferentes ciudades del país. La producción llegó a su punto culmine en los años setenta y ochenta, una época en la que los balones Ladino cubrían todo el territorio colombiano.

En el año 2000 el auge en la producción de productos chinos (los cuales llegan a mitad de precio) generó un dramático descenso en la industria. En 2006 el balón del Mundial de Fútbol se vulcanizó (usó materia prima sintética y un proceso industrial) por primera vez en la historia, lo que ocasionó que las ventas del balón cosido a mano disminuyeran dramáticamente. De las 350 familias que se dedicaron al oficio, hoy solo quedan veinte que manufacturan cerca de medio millón de balones al año, ya que mientras manualmente se cosen entre tres y cinco balones diarios, con la técnica de vulcanizado se pueden hacer entre cincuenta y ochenta.

Competir es muy difícil y el panorama no promete un cambio que sea beneficioso para la artesanía del balón. Sin embargo, Edgar Ladino está dispuesto a mantener la tradición. En 2010 creó su propia fábrica, Redonda, en donde elaboran más de doce referencias de balones. También abrió el Museo del Balón en el segundo piso de una casona ubicada junto a la plaza principal de Monguí con el objetivo de exhibir las herramientas utilizadas en los años cuarenta y cincuenta, así como la evolución del balón en los mundiales de fútbol desde 1930. Además se pueden ver máquinas, fotos y balones antiguos.

Edgar está convencido de que es clave conocer la tradición para mejorar la presentación, calidad y comercialización de los balones. En Artesanías de Colombia ha recibido asesorías en diseño de marca, diseño de empaque y mejoramiento del producto. En un futuro quiere crear una página web que le permita fomentar las ventas de los balones y empezar a utilizar materiales más durables. Su sueño es mantener una práctica que ha marcado el carácter de Monguí y preservar ese halo romántico que aun envuelve a los balones cosidos, puntada a puntada, con alma campesina.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



4. TEJIENDO REDES

Edilson Tanigama tenía tan solo dieciocho años cuando lo nombraron director de la Asociación Jaipono. Fueron sus padres, sus hermanos y sus tíos quienes decidieron que él era la persona idónea para darle un renovado impulso a una asociación compuesta por veinte personas de la familia –diez hombres y diez mujeres–. El propósito de todos es trabajar juntos para tener más capacidad de producción y así darle a conocer al mundo las coloridas y simbólicas creaciones de los indígenas emberá.

Edilson, como todo un guerrero, aceptó el reto. Creció en Pueblo Rico, Risaralda, viendo a sus padres tejer canastos de iraca. A los diez años se involucró, junto con toda su familia, en la realización de artesanías con chaquiras, una práctica ancestral que representa los colores de la madre naturaleza y simboliza el camino ancestral que identifica a la cultura emberá. Mientras crecía su amor por las tradiciones de su pueblo, también nació el interés por las redes sociales. Edilson se encarrató con Facebook e Instagram y, al poco tiempo, se dio cuenta de que podía unir ambos saberes para el beneficio de su comunidad.

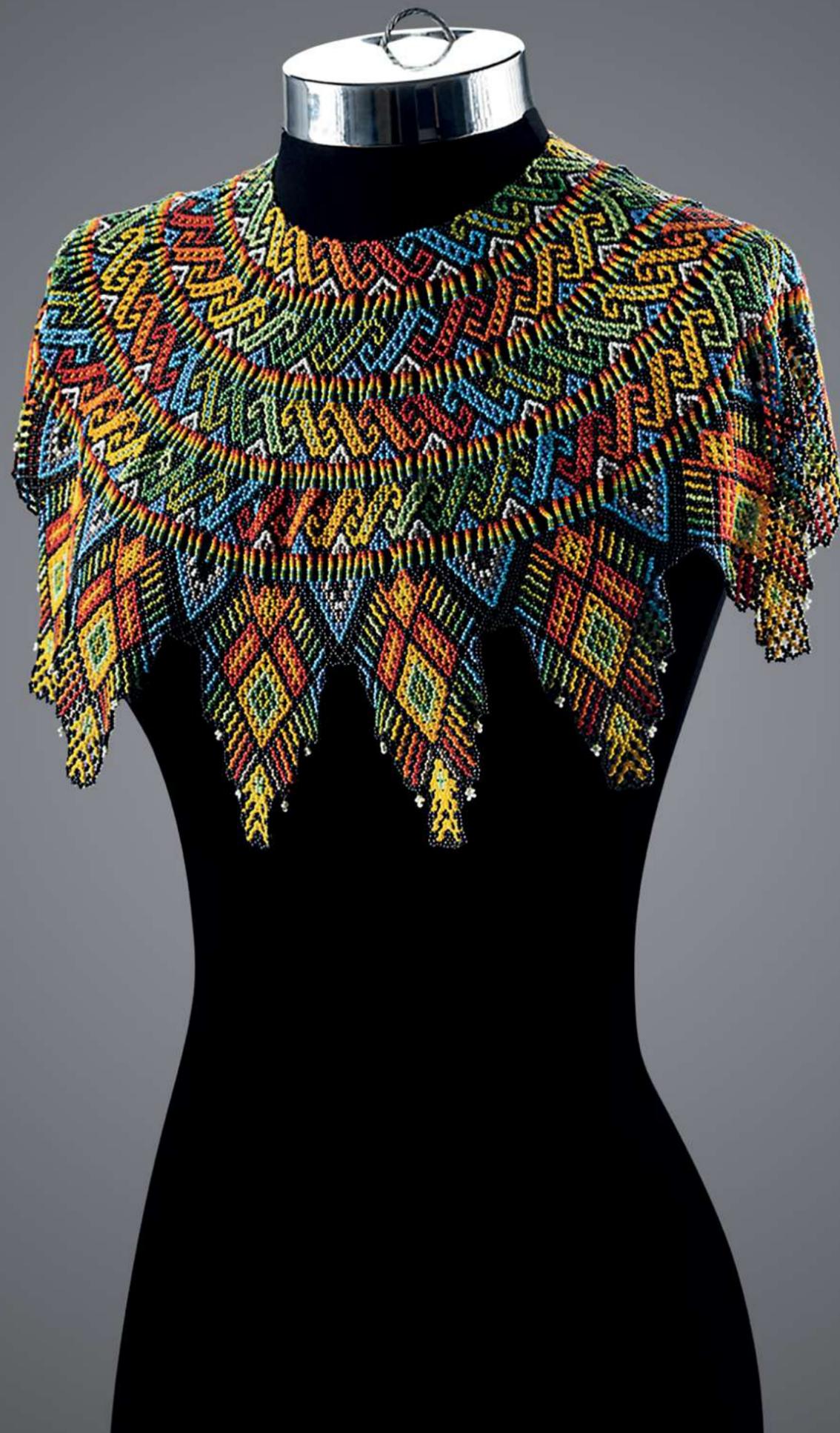
Fue gracias a sus conocimientos de redes sociales que lo nombraron director de la Asociación Jaipono, que en español significa espíritu de la flor sagrada, y cuya sede está en Pereira. Al ver que el duro trabajo que su familia realizaba para participar esporádicamente en ferias no bastaba, decidió usar

las redes para generar nuevas rutas de mercado. Así comenzó a promocionar los okamas (camino que recorre el cuello), los collares, las manillas, los brazaletes y los aretes que con una destreza inmensa su familia teje para transmitir la cosmovisión emberá y dejar un legado que contenga gran parte de las creencias, mitos y paisajes de su pueblo.

Edilson decidió crear en Instagram la cuenta *arte_embera*, la cual tiene más de 16.400 seguidores, y publicar cada tres días fotos de productos nuevos y llenos de color. Al poco tiempo, la estrategia comenzó a dar resultados cuando recibió los primeros pedidos de clientes en Bogotá, Medellín y Bucaramanga. Luego aparecieron interesados en Puerto Rico, República Dominicana, Estados Unidos e Inglaterra. Actualmente la asociación realiza entre 200 y 250 productos al mes. Edilson habla con los clientes, cierra los negocios y distribuye el trabajo entre los veinte miembros de su familia. Cada uno teje a mano los diseños ancestrales que los clientes solicitan. Lo hacen desde su casa con la única condición de entregar en los tiempos establecidos por el joven director.

El año pasado la asociación resolvió participar en el concurso Artesanos Digitales, promovido por Artesanías de Colombia para premiar a la mejor propuesta digital con la creación de una página web. Gracias a la poderosa cuenta de Instagram ganaron el concurso. En agosto Artesanías de Colombia les

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.





FUE GRACIAS A SUS CONOCIMIENTOS DE REDES SOCIALES QUE LO NOMBRARON DIRECTOR DE LA ASOCIACIÓN JAIPONO, QUE EN ESPAÑOL SIGNIFICA ESPÍRITU DE LA FLOR SAGRADA, Y CUYA SEDE ESTÁ EN PEREIRA.

entregó la página web www.artembera.com.co, una plataforma que, sin duda, los ayudará a continuar promocionando los productos y la cultura de la etnia a través del mundo digital.

Para Edilson es un paso más. Él, que sigue con la mirada fija hacia adelante, está estudiando por las mañanas un técnico en diseño gráfico que le permita seguir creciendo. En las tardes se dedica a las tareas de la asociación, a recibir pedidos y a tomar tutoriales por internet en los que pueda aprender nuevas herramientas sobre el manejo de una página web. A la página actual quiere agregarle información valiosa sobre las tradiciones emberá y la simbología de los diversos diseños y colores. Para Edilson, de nada sirve vender un producto si no se transmite la historia que hay detrás de cada pieza. Entender que la combinación de colores y formas representa para su pueblo la relación del cosmos con la madre Tierra, es clave para conservar la fuerza de la tradición que habita en cada tejido.

Aunque muchos miembros de la comunidad emberá lo han criticado por hacer uso de las redes sociales, debido al miedo que sienten de que la tradición pueda perderse, Edilson está convencido de que la tecnología no es una enemiga sino una importante aliada para impulsar la cultura de su pueblo, y apoyar la comercialización de los productos hechos por cientos de artesanos que necesitan generar nuevas vías de ingresos.

A los 20 años, sueña con lanzar una línea de carcasas para celular con los coloridos diseños emberá, pero también quiere innovar los productos y sacar una línea con colores negros y blancos, y dorados y plateados que pueda atraer a nuevos compradores y clientes de diferentes partes del mundo. Con la ayuda de las redes sociales Edilson está seguro de que pronto podrá abrir nuevos mercados en el extranjero y tener una tienda en Pereira en donde pueda vender sus productos y demostrarles a los emberá que, aunque la tradición se apoye de la tecnología, seguirá siendo eterna.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

5. RECORRIENDO EL CAMINO AL ORIGEN

Desde que dejó el municipio de Inzá, Cauca, **María Luz Dary Inchima Ramos** ha recorrido un largo camino que le ha llevado a reencontrarse con sus raíces. Nació en el resguardo de los indígenas Nasa de Inzá, donde sus padres vivían de la agricultura, y desde muy niña, su historia estuvo marcada por la violencia. En los años sesenta las FARC se tomaron el territorio y en 1985, cuando las cosas parecían volver a la calma, el M-19, liderado por Carlos Pizarro, apareció en el pueblo. Quemaron la alcaldía, asesinaron a civiles y reclutaron a decenas de jóvenes asegurándoles que la vía de las armas era un sendero para la resistencia y la libertad.

Los continuos enfrentamientos generaron un desplazamiento masivo de indígenas Nasa que, cansados de la violencia, se vieron obligados a dejar su tierra. María Luz Dary tenía diecisiete años cuando huyó de Inzá para trasladarse a Popayán, donde después de un tiempo también llegaron sus padres. Para sobrevivir, trabajó durante once años como empleada doméstica. Luego se radicó en Cali, donde vive hace trece años con su esposo y sus dos hijas. En la sultana del Valle pudo terminar el bachillerato que había iniciado en Inzá y descubrir una vocación innata para el trabajo comunitario.

En 2008 ingresó al cabildo Nasa de Cali, donde viven unas 1.500 familias. Para María Luz Dary era una manera de retomar lo perdido y de encontrarle un nuevo sentido a la vida. Junto a

otras dieciséis mujeres del cabildo, se dio a la tarea de rescatar la identidad indígena que los desplazamientos y la violencia les había arrebatado. Con el objetivo de recuperar el saber ancestral, empezaron un largo proceso de investigación en el que visitaron territorios de origen y hablaron con las personas mayores que, por años, habían conservado el conocimiento.

Decidieron que el medio por el que empezarían a recuperar la cultura y la simbología de la etnia sería el tejido. María Luz Dary había aprendido lo básico mientras estudiaba en la escuela de Inzá, pero tuvo que perfeccionar la técnica del tejido tradicional en telar con lana de ovejo y aprender a trabajar con hilo, cabuya y croché en diseños como la costilla, que simboliza el matrimonio, y la tulpa, la imagen de tres piedras que representan el fuego del hogar compuesto por el padre, la madre y el hijo. También descubrió el significado de la jigra de cabuya tejida a mano, los chumbes y las mochilas. Comprender que detrás de cada puntada y color habitaba gran parte de la sabiduría de su pueblo la ayudó a sanar viejas heridas.

Sin embargo, la cosa no se quedó ahí. Mary Luz Dary tenía claro que lo importante era transmitir la tradición que empezaban a rescatar a doscientos jóvenes de la escuela integral indígena del cabildo Nasa. Era con ellos con quienes debía enfocar toda su energía y sembrar una semilla que mantuviera vivo el conocimiento.

Junto al grupo de mujeres se ha dedicado a rescatar la alimentación tradicional de los Nasa, basada en el maíz y el zapallo, así como los juegos y las danzas. Bailes como el despertar de la semilla, que se realiza para agradecer la abundancia de la

tierra; la danza del caracol, para expulsar la pereza; la danza de la luna, para celebrar las estaciones y pedir que los cultivos sean buenos; la danza del sol, para atraer la energía y el calor, y la danza del agua, portadora de vida, encierran un importante saber ancestral. María Luz Dary explica que el danzante, al tocar el piso, saluda y agradece a la madre tierra.

Para los jóvenes, comprender el significado que hay detrás de cada tradición ha sido clave en el proceso de recuperación de identidad. También están rescatando el nasa yuwe, la lengua tradicional. Incluso crearon un programa para capacitar a más docentes de la escuelita en la enseñanza del idioma.

Por su empeño y compromiso a María Luz Dary la nombraron fiscal del cabildo. Entre semana teje en su casa, todos los martes se reúne en el cabildo para delegar nuevas funciones, y los sábados se encuentra con el grupo de tejedoras en la escuelita integral indígena para tejer juntas, durante cuatro horas, mientras rememoran las tradiciones de su pueblo. Con el Sena están tomando clases para perfeccionar el tejido en telar, y con Artesanías de Colombia tienen un proyecto para transmitir saberes y recibir capacitaciones en temas de costo y calidad.

A los 49 años, María Luz Dary quiere fortalecer la enseñanza del tejido con los jóvenes y comenzar a hacer aretes y accesorios con semillas tradicionales, así como blusas y sandalias tejidas con diseños simbólicos. Aunque ella es una de los miles de indígenas Nasa que no viven en su territorio de origen, asegura que retomar la manera cómo trabajaban los antepasados la ha conectado con sus raíces y con una misión social que le ha devuelto la alegría. Solo así ha podido sentirse más cerca de su tierra.

PARA MARÍA LUZ DARY ERA UNA MANERA DE RETOMAR LO PERDIDO Y DE ENCONTRARLE UN NUEVO SENTIDO A LA VIDA. JUNTO A OTRAS DIECISÉIS MUJERES DEL CABILDO, SE DIO A LA TAREA DE RESCATAR LA IDENTIDAD INDÍGENA QUE LOS DESPLAZAMIENTOS Y LA VIOLENCIA LES HABÍA ARREBATADO.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



6. UNIVERSO MADERA

La madera marcó la vida de **Juan Francisco Robayo** desde que era un niño. Creció viendo a su padre hacer bateas y herramientas con pedazos de cedro y acacias, y sorprendiéndose con los objetos que nacían de la pasión que su hermano mayor y su primo profesaban por la talla. Él aprendió a dominar la madera mientras creaba sus propios juguetes: trompos, bates, arpas y pequeños muñecos que componían su mundo. Observando a su padre supo cómo manejar el formol, la segueta y el serrucho.

Poco a poco fue enamorándose del oficio, pero fue hasta los veinte años, cuando terminó el bachillerato en Ibagué, que decidió seguir el camino de la artesanía. Las artes plásticas y la escultura lo apasionaban, por eso decidió estudiar Bellas Artes en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, en Bogotá. Sin embargo, nunca se olvidó de la madera. Por el contrario, se propuso utilizar el conocimiento que iba adquiriendo para encontrar su propio sello y así plasmar su espíritu en el oficio de la talla.

Para perfeccionar la técnica, durante un año trabajó como aprendiz en un taller de Bogotá. Luego decidió regresar a Ibagué y unirse al taller de su primo, donde trabajaban ebanistas, talladores,

lijadores y pintores. Juan Francisco observaba el proceso en las mañanas y en las noches practicaba. Así aprendió cómo manipular correctamente las herramientas y conoció los diferentes estilos de decoración de muebles como el Luis XV, el Luis XVI, el barroco, el rococó y el clásico. Empezó haciendo objetos decorativos, pequeños cuadros con temas precolombinos, bodegones, tallas de flores, bandejas, candelabros y cucharas.

Gracias a sus piezas fue conociendo el gremio artesanal y las distintas ferias. Con lo que vendía compraba materiales para seguir explorando la técnica. Así fue creciendo su producción, con una línea artesanal y otra artística compuesta por esculturas, piezas religiosas y precolombinas. Juan Francisco continuó capacitándose en diferentes talleres organizados por el Ministerio de Cultura y luego empezó a estudiar pintura y decorado de muebles de madera en el Sena.

A los 21 años, montó un pequeño taller en una habitación de la casa de su padre. Allí instaló su mesa y sus herramientas. También creó una vitrina en donde comenzó a exhibir esculturas de madera, retablos, consolas, letreros, ensaladeras y candelabros. Con las ventas que hacía arrancó un periplo



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

CON LO QUE VENDÍA COMPRABA MATERIALES PARA SEGUIR EXPLORANDO LA TÉCNICA. ASÍ FUE CRECIENDO SU PRODUCCIÓN, CON UNA LÍNEA ARTESANAL Y OTRA ARTÍSTICA COMPUESTA POR ESCULTURAS, PIEZAS RELIGIOSAS Y PRECOLOMBINAS.

por ferias en diferentes ciudades del país, hasta que sintió que debía continuar especializándose y darle un enfoque más artístico a sus piezas.

Legó a Bogotá en 1999 para estudiar ebanistería, torno y talla en la Escuela de Artes y Oficios Santo Domingo. En 2002, cuando terminó sus estudios, se vinculó a la escuela como docente de talla básica y avanzada. Ese mismo año, junto con su hermano Yesid, crearon la empresa Kavanka Maderas con una línea de producción en talla, torno y ebanistería que les permitió ampliar las vías de comercialización y participar en las ferias artesanales más importantes del país.

La empresa ganó el premio a mejor taller en un concurso realizado por la Escuela de Artes y Oficios, lo que impulsó su trabajo y le permitió viajar por diferentes regiones del país. En 2014 representó a Colombia en un evento mundial de talladores en China, y en 2015 recibió la Medalla a la Maestría Artesanal otorgada por Artesanías de Colombia. Ese mismo año ganó una bienal de diseño para hacer una pasantía en México.

Luego de ese viaje, y después de trabajar catorce años como docente, decidió buscar nuevas maneras de expandir el conocimiento en el oficio. Dividió la empresa con su hermano y se instaló con su esposa y sus dos hijos –a quienes quiere demostrarles que es posible vivir de la artesanía– en

la parte alta de Cachipay, Cundinamarca. Allí fundó Monte Samai, una finca a donde las personas interesadas en el oficio de la madera pueden llegar para aprender las diferentes técnicas. Su sueño es crear una especie de retiro dedicado a la madera donde la gente pueda quedarse una semana o un mes en medio de la naturaleza, sin conexión a internet ni televisión, con el único objetivo de profundizar el conocimiento y la conexión con el oficio.

Con este proyecto también quiere darles la oportunidad de adentrarse en el oficio a decenas de jóvenes que viven en zonas rurales del país y que no pueden desplazarse hasta Bogotá para aprender la técnica. En 2016 realizó el primer taller para setenta jóvenes, entre los dieciséis y los veinticinco años, que llegaron de los municipios de Cachipay, Anolaima y Zipacón. La convocatoria tuvo tanto éxito que optó por ampliar la oferta a personas de diferentes edades que quieran conocer el trabajo con la madera, y encontrar una forma de vida distinta y muy creativa a través de la artesanía.

Juan Francisco les enseña a los jóvenes los principios y la historia de la talla, cómo se desarrolla la técnica manual y cómo relacionarse con el material para que, cada uno, se permita indagar y pueda encontrar su estilo. Pero lo más importante es que logren conectarse con ese sentimiento que anhelan transmitir en cada pieza que surge de las manos.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención, pero si al oficio referido en la historia.

7. EL CORAZÓN DE LA FILIGRANA

A los 89 años, **Simón Villanueva** asegura que nació para la filigrana. Desde que era un niño el amor por el oficio se le metió al corazón. Todo comenzó a mediados de los años cuarenta, cuando barcos, provenientes del río Magdalena, arribaban al puerto de Mompox con comerciantes y turistas que llegaban atraídos por los tesoros y la mágica historia de la ciudad colonial. En esos días, en los que el comercio se agitaba, Simón vio la oportunidad de ganar dinero vendiéndoles joyas a los pasajeros que desembarcaban en el puerto. Como siempre le gustó observar a los maestros artesanos de Mompox, se le ocurrió fundir monedas de diez y veinte centavos para hacer sus primeras argollas, aretes y pescaditos.

Sin embargo, Simón quería ir más allá. Soñaba con perfeccionar la técnica y convertirse en un verdadero conocedor de la filigrana. Para lograrlo, sabía que tenía que encontrar un maestro que lo instruyera. El primero fue Magdaleno Ospino, amigo de su padre, quien era muy celoso con el conocimiento. El segundo, Luis Guillermo Trespalacios, fue quien realmente lo adentró en los secretos del oficio. Simón cuenta que un día, mientras preparaba un sancocho trifásico (una de sus especialidades), Trespalacios llegó a la puerta de su casa atraído por el aroma. Gracias a ese plato se hicieron amigos y el maestro lo aceptó como su discípulo en un taller en donde trabajaban otros 28 aprendices de joyería.

Fue Trespalacios quien lo motivó para que perdiera el miedo a preguntar y le enseñó a observar con paciencia cada paso del proceso y a fundir correctamente una pieza. Aunque solo estuvo un año con el maestro, Simón pulió la técnica. Comprendió cómo adelgazar una barra de metal fundido hasta el grosor de un hilo para comenzar a tejer figuras que representan el mundo. Con espirales, dobleces, elipsis y círculos arrancó a hacer gargantillas de rosas, medallas, cruces, aretes de flores y dijes de corazón, su figura favorita. También supo cómo dar vida a los populares amuletos: canoas para favorecer la pesca, niños para invocar partos, peces para la abundancia y mariposas para alcanzar la libertad.

COMPRENDIÓ CÓMO ADELGAZAR UNA BARRA DE METAL FUNDIDO HASTA EL GROSOR DE UN HILO PARA COMENZAR A TEJER FIGURAS QUE REPRESENTAN EL MUNDO. CON ESPIRALES, DOBLECES, ELIPSIS Y CÍRCULOS ARRANCÓ A HACER GARGANTILLAS DE ROSAS, MEDALLAS, CRUCES, ARETES DE FLORES Y DIJES DE CORAZÓN, SU FIGURA FAVORITA.





Cuando tuvo más destreza en el tejido del oro y la plata, emprendió una aventura por ciudades como Barranquilla, Riohacha, Sincelejo y Bogotá. Simón recorrió el país para dar a conocer sus creaciones, y conoció a maestros joyeros, carpinteros y herreros que compartieron con él su conocimiento. Así desarrolló otras técnicas como el estampe, que consiste en decorar o conformar un metal golpeándolo con un punzón. Sin embargo, era por sus piezas de filigrana por lo que más lo buscaban. La gente soñaba con alguna de sus creaciones, esas joyas que surgían al unir magistralmente hilos de oro y plata.

En 1980 decidió regresar a su tierra y montar un taller en donde empleó a dieciocho aprendices y desde donde, a través de los años, les enseñó el oficio a más de cien personas. Durante esa época la bonanza de la marimba y el apogeo del narcotráfico generaron un aumento en la producción de las joyas de MompoX. Aunque las ganancias no volvieron a ser las mismas y tuvo que cerrar el taller, Simón nunca se ha alejado de la filigrana.

Todos los días trabaja de seis de la mañana a cinco de la tarde en un cuarto que le sirve de dormitorio y taller, donde tiene uno de sus mayores tesoros: una antigua mesa de joyería de madera que el joyero momposino Rafael Durán le regaló en 1942. En esa mesa desayuna, almuerza y elabora

decenas de piezas que aún sorprenden por la calidad y belleza de la técnica. Aunque el tiempo y el esfuerzo que le dedica a cada obra no se ven reflejados en las ganancias que obtiene, él se acerca a la joyería desde otro lugar. Para Simón es imposible trabajar sin pasión.

Según él, es desde el corazón que se hace bien un oficio que, todos los días, le pide ingeniarse algo nuevo. Justamente ha sido ese amor por la orfebrería y la necesidad de crear joyas cargadas de vida el que les ha transmitido a sus nueve hijos, veintiocho nietos y catorce bisnietos, quienes se han encargado de mantener la tradición y esa magia que habita en las piezas que realiza. Con más de setenta años en el oficio, Villanueva es el joyero más longevo del país. Además, ostenta con orgullo el título de Rey Momo del carnaval de MompoX, un homenaje que ha recibido en nueve ocasiones.

Aunque su vista ha disminuido con los años, él conoce cada pieza de memoria. Las manos lo guían y le recuerdan la forma de cada creación, hasta pueden decirle cuánto hilo ha entrado en cada joya. El amor que siente por la orfebrería lo mantiene vivo, por eso asegura que seguirá trabajando hasta el último día, cuando escuche que ha llegado la hora de levantarse de su mesa, un objeto que espera llevarse consigo a la otra vida.

8. MADERA: UNA VÍA DE TRANSFORMACIÓN

Fernando Roa asegura que fue su padre quien lo enamoró del oficio. Dejándolo hacer sus propios juguetes y butacas, lo fue enganchando en el mundo de la madera. A los 12 años, Fernando comenzó a aprender sobre el funcionamiento del torno y a los 14 se lanzó a fabricar butacas y muebles pequeños. Por las piezas que hacía recibía siempre una retribución económica, un poderoso incentivo que lo motivaba, cada día, a aprender un poco más. Observando a los ebanistas y obreros que trabajaban en el taller de su padre en Acevedo, Huila, conoció técnicas y descubrió las múltiples posibilidades que ofrece la madera.

Cuando terminó el bachillerato se apasionó con la idea romántica de ser artista. Quería convertirse en pintor y escultor, así que empacó maletas y se fue para Bogotá a estudiar Bellas Artes en el Universidad Jorge Tadeo Lozano. Pero la vida continuó conduciéndolo a la madera. Su vía de expresión artística fueron los objetos decorativos y escultóricos que surgían en el torno. En ese entonces su papá cerró el taller que tenía y le heredó todas las máquinas, con las que decidió montar un taller en el barrio Centenario de Bogotá. Con las piezas que hacía y vendía se pagó la carrera. La vida le confirmó, una vez más, que su destino estaba en la madera.

Fernando se especializó en torno segmentado abierto, piezas que se construyen con diferentes capas y tonos de madera, y cuyo resultado son atractivos diseños geométricos en objetos como



jarrones, centros de mesa, cuencos y ensaladeras. En su taller trabaja con una persona que lo ayuda a cortar la madera mientras él se encarga del armado y el acabado final de cada objeto. Trabaja con maderas duras como el granadillo rojo, el lechero y el ébano costeño. Sin embargo, asegura que cada vez es más difícil conseguir la materia prima. Gracias a un taller de formación en carpintería que realizó hace dos años con campesinos del Huila, formó una red de ayuda en la que ellos le consiguen los pedazos de madera de árboles que se caen o se deben cortar, y se los envían a Bogotá para que Fernando pueda continuar con el trabajo.

Los lunes y los fines de semana se la pasa en el taller, ya que son los únicos días que le quedan para entregarse al oficio. El resto del tiempo lo dedica a la enseñanza del torno a jóvenes de la Fundación Escuela Taller de Bogotá. Algunos de ellos, que no tienen como pagar una universidad, llegan a la escuela con el deseo de aprender un oficio que les permita encontrar un camino creativo y digno de ganarse la vida. Otros son jóvenes de responsabilidad penal que, aunque han infringido la ley de alguna manera, no están reclusos. En la escuela tienen la posibilidad de aprender la técnica, cambiar la mentalidad y enamorarse de la artesanía. A los 47 años, Fernando asegura que lo más interesante es convertir el trabajo con la madera en una herramienta de transformación social. Cuando los jóvenes descubren el oficio y ven todo lo que pueden crear con las manos, la vida termina transformándose y mostrándoles alternativas que antes no contemplaban.

Durante el proceso es estricto. Primero les enseña el funcionamiento de las máquinas, luego los guía para que conozcan las diferentes partes de la madera y se familiaricen con el material. Después aprenden sobre el manejo de herramientas básicas como el formol, la escuadra y herramientas de trazo y medición. Cuando llega el momento de crear, arrancan haciendo rompecabezas, cajas, butacas y sillas. El proceso se hace más complejo cuando empiezan a instruirse en ebanistería y elaboración

de muebles, una rama que Fernando realiza cuando amigos o empresas le hacen encargos especiales, como la singular silla doblada que creó para la recepción del hotel Marriot de Barranquilla.

Además de enseñar y producir sus propias piezas, hace once años se la pasa viajando a diferentes ferias para conocer nuevas técnicas y mostrar su trabajo en otras latitudes. Ha estado en ferias en Argentina, donde en 2010 ganó el primer premio de la Feria de Córdoba; y en la Feria Tricontinental de Artesanías de Canarias, España, donde ganó el tercer puesto en la categoría mejor pieza de la feria con una particular flor de madera con segmentado abierto.

El año pasado realizó una pequeña muestra de su trabajo en Alemania y el próximo año espera asistir a dos grandes simposios que reunirán a los mejores torneros del mundo, uno será en Australia y otro en Estados Unidos. Para Fernando, asistir a estos eventos es la vía más eficaz para dar a conocer sus piezas. Ser fiel a su camino le ha permitido aprender de los mejores, y así poder compartir ese conocimiento con jóvenes deseosos de cambiar su destino.



CUANDO TERMINÓ EL BACHILLERATO SE APASIONÓ CON LA IDEA ROMÁNTICA DE SER ARTISTA. QUERÍA CONVERTIRSE EN PINTOR Y ESCULTOR, ASÍ QUE EMPACÓ MALETAS Y SE FUE PARA BOGOTÁ A ESTUDIAR BELLAS ARTES EN EL UNIVERSIDAD JORGE TADEO LOZANO.

9. ESCUELA TALLER: OFICIOS QUE MARCAN LA VIDA

Hace un año la vida sorprendió a **José Yesid Ome** cuando fue nombrado director de la Fundación Escuela Taller de Buenaventura. Después de trabajar durante ocho años con la Fundación Carvajal por las comunidades más vulnerables de Buenaventura, este ingeniero, nacido en San Agustín, Huila, aceptó el reto de fortalecer la escuela.

Hace ocho años se acercó por primera vez a la escuela a través de un proyecto piloto que desarrolló el Ministerio de Cultura con la Fundación Carvajal para salvaguardar el conocimiento de la cocina tradicional del Pacífico. Desde ese momento, su camino siguió ligado al lugar. Estuvo con ellos creando el mobiliario para un centro de desarrollo infantil y en la transformación de la plaza de mercado José Ilario López. Fue durante el desarrollo de ese proyecto que lo llamaron para dirigir la Fundación Escuela Taller de Buenaventura. Sin dudar, a los 45 años José Yesid asumió el desafío.

La escuela taller se encuentra en la antigua estación del Ferrocarril de Buenaventura, un lugar mágico, patrimonio del país, que está estratégicamente ubicado en el corazón del puerto. Su creación nació de una iniciativa del Ministerio de Cultura y hace parte de una red de nueve escuelas taller herramientas de paz, que existen en el país para fortalecer la apropiación social del patrimonio cultural y el fomento de los procesos de formación artística. El objetivo es alejar a los jóvenes de la violencia y el narcotráfico, y cambiarles la mentalidad al mostrarles que hay otras posibilidades de vida a través de los oficios.

Para preservar el patrimonio cultural de Buenaventura, la Escuela Taller se enfoca en la formación de jóvenes, entre los 16 y los 28 años,

pertenecientes a las zonas más vulnerables de la ciudad, en oficios tradicionales. En junio de 2016 la escuela se constituyó como una fundación en donde, después de un año, los jóvenes salen como técnicos laborales. Existen tres tipos de formación: en cocina tradicional con énfasis en la cocina del Pacífico; en carpintería, con énfasis en la construcción de instrumentos musicales como la marimba de chonta, la tambora, el cununo y la guasá, y en construcción y mantenimiento de edificaciones con énfasis en construcción de madera.

Hasta el momento han salido 222 jóvenes de la escuela, quienes acceden a una beca para poder estudiar. Para ingresar deben pasar por un proceso de selección en el que se les exige haber cursado, como mínimo, hasta noveno de bachillerato. Los que obtienen la beca reciben, además de la formación en el técnico que elijan, uniformes, materiales y refrigerios durante un año. En cada taller hay dos profesores de planta, el proceso de enseñanza también lo apoyan instructores del Sena y reconocidos maestros la ciudad como Baudilio Guama, quien les enseñó el saber ancestral de construir marimbas y afinarlas a punta de oído.

Para Yesid, además de la formación en oficios, el fomento del tema cultural ha sido clave en todo el proceso de contribuir, desde los saberes ancestrales, al mejoramiento de la sociedad. Por eso han generado espacios como la Velada Pacífica, que realizan cada quince días con el objetivo de que las diferentes expresiones artísticas de la ciudad se puedan visibilizar, y de que los jóvenes que están en el taller de cocina deleiten a los asistentes con sus preparaciones, las cuales son una pequeña muestra de los maravillosos sabores de la región.



Yesid cuenta que una de las iniciativas más interesantes la están llevando a cabo con el apoyo de la Fundación de la Sociedad Portuaria, con quienes están desarrollando el proyecto Uramba Maker Lab, el primer espacio de creación y fabricación digital de Buenaventura. Allí los jóvenes pueden investigar y crear a través de la electrónica, la música, el audio y el video para usar el tiempo libre de la manera más creativa y dinámica posible. El lugar, ubicado en la sede de la Escuela Taller, cuenta con computadores con un software especial para el diseño, un pequeño estudio de grabación, un estudio fotográfico e impresoras 3D para hacer los prototipos de los objetos que diseñan.

Además, han continuado fortaleciendo el trabajo con artesanos de la región. En 2016 ganaron la Medalla a la Maestría en el área de fomento como un reconocimiento al apoyo que ha realizado la escuela

con artesanos de la zona rural en los procesos de formación y comercialización. A muchos artesanos con empresas familiares les ayudaron dándoles recursos para comprar herramientas, equipos y materiales, así como con apoyo y asesoría técnica. Para darles una mano en el tema de mercadeo, crearon una tienda artesanal en la escuela donde se exhiben y venden los diferentes productos.

En este momento la escuela tiene 74 jóvenes en proceso de formación, que hacen entre 900 y 1000 horas al año bajo la metodología de aprender haciendo. Muchos están trabajando en hoteles, restaurantes, constructoras o están montando sus propios talleres de carpintería. Tener ingresos para ellos y sus familias ha sido un incentivo para conocer y enamorarse de un oficio. El resultado es un cambio de vida y una nueva mentalidad que les enseña que sí es posible soñar y forjar un camino distinto.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

10. TEJIDO GRUPAL: LA FUERZA DE LA MUJER MISAK

Desde los 21 años, **María Cecilia Tombe** se ha dedicado al servicio de la comunidad. Por ser de las pocas mujeres que sabía leer y escribir, en 1997 fue elegida por setenta personas, que conformaban el cabildo de la etnia misak, como secretaria de una zona veredal del municipio de Silvia, Cauca, donde se estima viven unos 22.000 indígenas misak. Con alegría, María Cecilia asumió el deber que le correspondía: prestar un servicio gratuito a las mujeres compartiendo su conocimiento, sus experiencias y apoyando sus procesos en la tejeduría, un oficio que conoció desde los siete años, cuando comenzó a observar a su madre tejer con dedicación mochilas y jigras. Objetos que, para su pueblo, representan la construcción de la vida.

Cuando creció, fue su abuela quien se encargó de instruirla en el mejoramiento de la técnica y le enseñó que la base de la mochila representa la unión familiar, que los espirales simbolizan la manera en que se enrolla y se desenrolla el pensamiento de los misak, y que la cincha significa protección, ya que es la que sostiene los pensamientos y hace posible la unión.

Al poco tiempo la nombraron secretaria del consejo municipal de Silvia, luego prestó servicio durante seis años como concejal del municipio y hace un par de años arrancó a liderar un importante programa enfocado en la sabiduría de la mujer misak. El



LA OTRA RAMA QUE QUIEREN FORTALECER ES LA EDUCACIÓN, REFORZANDO LAS TRADICIONES, LA CULTURA Y LA IDENTIDAD DE LA ETNIA. SEGÚN MARÍA CECILIA, ES LA ÚNICA VÍA PARA RESGUARDAR EL CONOCIMIENTO CON EL PASO DEL TIEMPO. PARA LOGRARLO, ELIGIERON EL CAMINO DEL TEJIDO. TEJIENDO A MANO, EN TELAR O CON CROCHÉ ESTÁN MANTENIENDO VIVAS LAS TRADICIONES.



propósito es fomentar la medicina tradicional de la etnia, basada en el conocimiento de plantas sagradas y en la cosmovisión espiritual que han guardado durante siglos para prevenir y curar enfermedades. La otra rama que quieren fortalecer es la educación, reforzando las tradiciones, la cultura y la identidad de la etnia. Según María Cecilia, es la única vía para resguardar el conocimiento con el paso del tiempo. Para lograrlo, eligieron el camino del tejido. Tejiendo a mano, en telar o con croché están manteniendo vivas las tradiciones.

María Cecilia se levanta todos los días a las cuatro de la mañana. Ordeña las vacas y luego se dedica al cultivo de cebolla, maíz, papa y ajo. Al mediodía, cuando prepara el almuerzo, teje una hora. Después de las cuatro de la tarde, teje otro rato. Pero su labor principal consiste en liderar a mujeres jóvenes que han podido terminar el bachillerato y anhelan aprender el tejido para fortalecer sus costumbres y encontrar una vía de ingresos digna y creativa. Para visibilizar el trabajo que las mujeres realizan a través del tejido, a los 41 años está a cargo de tres importantes grupos: arte misak, constituido por 23 mujeres; espiral arte, compuesto por 25, y un círculo

de capacitación para emprendedoras compuesto por 20 mujeres.

En los grupos transmite la sabiduría que habita en la simbología de la etnia y en los diseños que plasman en el tejido como el dibujo de la montaña, que representa el territorio sagrado de su pueblo y hace parte del flujo de la vida, y el del rombo, un importante diseño que transmite los cuatro pilares misak: la autoridad, la autonomía, el territorio y el pensamiento propio. También se enfocan en el conocimiento de la jigra, mochilas más anchas y sin diseños que las mujeres usan únicamente en ocasiones especiales, y en ritos ceremoniales como el bautismo y la confirmación.

Los grupos reciben diferentes capacitaciones creadas por Artesanías de Colombia, entidades privadas y varias organizaciones no gubernamentales en el uso de materiales, medidas, mercadeo de producto y distribución de trabajo. Cada quince días se reúnen en las casas del cabildo o en escuelas a tejer juntas durante horas. Cuando se acerca la temporada de ferias el trabajo aumenta y pueden encontrarse hasta dos veces por semana, pues el resto del tiempo deben dedicarlo al cuidado del campo y al hogar. El proceso de tejeduría es lento y cada puntada debe estar acompañada de la intención y el pensamiento. Por eso pueden tardarse hasta cinco días en tejer una mochila o una jigra mediana, y hasta un mes en tener lista una jigra grande.

La meta de todas es consolidar una asociación y agrupar cada vez a más artesanas que, con su trabajo, garanticen la existencia de una producción constante. El sueño es poder exportar los productos y tener un sustento permanente que las ayude a sacar adelante a sus hijos y apoyar a sus familias. Pero lo que más las motiva es la posibilidad de llevar el legado misak a otras fronteras. En el tejido, la sabiduría de su pueblo se hace eterna.

ARTÍFICES No. 9

ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Gerente General

Ana María Frías Martínez

Jefe de la oficina asesora de Planeación en información

María Mercedes Sánchez Gil

Gestión del conocimiento

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Comité editorial

Ana María Frías Martínez

Laura Samper Blanco

Camilo Rodríguez Villamil

Ricardo Durán

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Fotografía objetos

Iván Ortiz y Fabián Parra; Gustavo Chávez

Fotografía artesanos

Fabián Parra

Fotografía introducción

Eric Bauer

Preprensa

Finaltouch

Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Calle 74 No. 11-91

www.artesaniasidecolombia.com.co

Printed in Colombia

Catalogación en la Publicación Artesanías de Colombia

Artífices 9 /

Artesanías de Colombia. – Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . . .

No. 1 (2014)-No. 9 (2017).

Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --

2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo artesanal - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5--dc23

JMCH/CENDAR

